

# Entierro

Adrián Ortega Iturriaga

---

La mujer iba jalando un manojo de nubes. Yo había visto hombres que llegaban a las plazas con racimos de globos. Hombres, a veces, disfrazados de payasos. Nunca en la vida se me habría ocurrido que alguien pudiera comerciar con nubes. Debían de pesar una tonelada. O cinco. Lo que pesa un elefante. Los músculos se le marcaban con gran nitidez. Pude ver cada uno, lisos y pálidos. Iba completamente desnuda. Jalando con fuerza. Caminando de espaldas. Ayudándose de la gravedad, con el cuerpo inclinado. Esa, también, fue la primera vez que vi a una mujer desnuda. La primera vez que vi unos glúteos blancos, rellenos. El viento soplaba ferozmente. Parecía turbado. ¿Cómo no iba a estarlo?

Cuidado, dije.

Estaba a punto de caer en un hoyo. Un paso y adiós, se rompería un tobillo y su peregrinación acabaría. No era un gran hoyo, apenas un surco en el pasto. Suficiente, no obstante, para que se fuera de espaldas al suelo.

No dé un paso más.

No dio un paso más. Se volvió y me miró fijamente.

No hizo ningún ademán por cubrirse. El viento le revolvió el cabello, tapándole y destapándole el rostro. Nunca había visto los pechos de una mujer. Me parecieron tan asombrosos como el jugo dulce de una sandía. Señalé el surco.

Un paso más y adiós a ese bonito manojito de nubes.

¿Nubes? No son...

¿Tiene frío?

No.

Es que va usted. Pensé que.

¿Cómo te llamas?

Adrián. Me llamo Adrián. Aunque algunos me dicen

Liebre.

¿Por orejón?

Muy graciosa.

¿Quieres acompañarme, Adrián?

Bueno.

Perfecto. Avísame si hay otro de esos hoyos.

¿A dónde vamos?

Allá abajo.

¿Al valle?

Al pueblo.

¿Al pueblo que está en el valle?

En realidad, al cementerio.

Oiga, creo que debería cubrirse con.

No.

La gente va a mirarla.

No importa.

Podrían gritarle.

¿Qué me gritarían?

No sé. La gente grita cuando algo no le gusta.

O cuando le gusta mucho.

Sí, supongo.



No te preocupes. No importa.

Yo no gritaría.

Lo sé. ¿Cuántos años tienes?

Catorce.

Eres muy guapo.

Gracias.

Ya sé. Quieres preguntar pero te cohíbes.

...

Tengo demasiados. Catorce... Quisiera tener catorce de nuevo.

¿Por qué lleva nubes al cementerio?

No son. ¿Por qué insistes con eso de que llevo nubes?

¿No son nubes?

Miró hacia arriba, como para constatar que, en efecto, no eran nubes. Yo aproveché para ver su magnífico cuerpo. Luego regresé la mirada al suelo.

¿Crees en los fantasmas?

No sé.

Pues ahí los tienes: eso son.

¿Qué cosa?

Lo que vengo arrastrando.

¿Fantasmas?

Eso.

No parecen.

Es mi familia.

¿Toda?

Mira. Fíjate bien, ahí pueden verse unos ojos.

¡Sí! Los veo. ¿Quién es?

No sé.

Pero es tu familia.

Ya no los reconozco.

¿Vas a enterrarlos a todos?

Si no tropiezo con un hoyo, sí.  
Tus padres...  
Ahí arriba.  
¿Hermanos?  
Nunca tuve. Soy la última del linaje.  
Ya empezaron a mirarte.  
Déjalos.  
¿Aunque griten?  
Aunque griten.  
No sé si voy a soportarlo.  
Dame la mano.

A los pocos días nos casamos. Nunca tuvimos hijos.  
Aunque hubiéramos querido, era lo que se dice biológicamente  
imposible. Fue la última de su estirpe. A mí eso me importaba  
un maldito cacahuate.

